

Capítulo II

El mundo es un purgatorio

Luis Flores

El 9 de agosto de 1838 Dostoievski le escribió a su hermano Mijaíl: «Me parece que el mundo para nosotros es una especie de purgatorio de espíritus celestiales con las mentes nubladas por una idea pecaminosa. Me parece que el mundo cobró un significado negativo y de una espiritualidad elevada y bella salió una sátira» (28 (1), 50).¹

No valdría la pena traer a colación esta cita del aún joven y desconocido Dostoievski si en ella, de alguna manera, no se reflejara aquella visión del mundo a la que llegó el escritor en su madurez. Por supuesto, no se pueden hacer conclusiones acerca de la concepción del mundo de Dostoievski a partir sólo de una frase, con mayor razón aun cuando la misma fue escrita durante la adolescencia. Sin embargo, si dividimos la cita en dos partes, en la primera encontraremos algo muy cercano a las ideas del *starets* Zosima y, en la segunda, a las de Iván Karamázov.

Iván con su rebelión afirma que el mundo, además de tener un énfasis especialmente satírico, posee sólo un significado negativo. En lo que concierne a Zosima, éste directamente afirma que nuestras raíces se encuentran «en otros mundos», que el mundo es un paraíso y que el hombre es bueno por naturaleza, a pesar de que continuamente peca.

Llamo la atención sobre el hecho de que me vi obligado a tomar en calidad de ejemplo a dos personajes opuestos del escritor para encontrar cierta similitud entre ellos y el joven Dostoievski y eso sólo bajo la condición de dividir la cita en dos, pues Iván no se pondría a hablar acerca de las personas como si se trataran de espíritus celestiales y Zosima no hablaría de la vida como si se tratara de una sátira. Por su parte el joven y el

¹ El presente artículo es una traducción con ligeras adaptaciones de un apartado de mi libro, aún sin publicar, *Христианство Достоевского (El cristianismo de Dostoievski)*, escrito en 1994. A partir de ahora, tanto la traducción de mi texto, como de las citas es totalmente mía. Las citas de las obras de Dostoievski son tomadas de la edición académica rusa de sus obras completas, editada por la editorial Nauka entre 1972 y 1990. Ver Достоевский Ф.М. Полн. Собр. Соч. В 30-ти томах. Л. «Наука», 1972-1990.

maduro Dostoievski combinan en sí mismos ambos polos. Claro, entre el joven y el maduro Dostoievski existen fuertes diferencias y, sin embargo, hay una serie de momentos comunes que bien vale la pena tener en cuenta.

No sé hasta qué punto conservó Dostoievski a lo largo de su vida la sensación del mundo como la de un «purgatorio de espíritus celestiales con las mentes nubladas por una idea pecaminosa», pero, por lo menos en los últimos años, esta sensación en él permanecía, sin hacer a un lado, por otra parte, la idea de que el mundo es un paraíso. Testimonio de ello es el hecho de que el escritor consideraba el sufrimiento como una parte inseparable de la vida del hombre y, aun así, no aceptaba el sufrimiento en nombre del sufrimiento, sino que lo tomaba como un «crisol de salvación» en donde el alma se limpia e ilumina. Aclaremos: Dostoievski, al igual que Zosima, creía que nuestras raíces se hallan «en otros mundos». Nosotros somos también, por así decirlo, «espíritus celestiales» que, por desgracia, de alguna forma perdimos los hilos que nos unen con el cielo y vamos por el mundo en busca de nosotros mismos, «nublados por ideas pecadoras». ¿Y qué es el mundo en el cual pasamos por un proceso de purificación a través del sufrimiento sino un purgatorio?² La finalidad de nuestro mundo-purgatorio es transitar a través de él para alcanzar a Dios. Y esto sólo es posible en la medida en que nos liberemos de estas «ideas pecaminosas» que transformaron a nuestro mundo en una sátira, como falsamente creen, desde la perspectiva de Dostoievski, aquellos que no encontraron en el mundo a Dios.

Es posible alcanzar el paraíso a través del purgatorio, a través de la liberación del sentido «satírico» de la vida, de la ilusión de la sátira que le otorga al mundo un significado negativo.

Pero regresemos a la percepción del mundo por parte de Zosima y recordemos, de nuevo, que la vida, es decir, el mundo, es un paraíso. Mas, ¿cómo puede ser el mundo simultáneamente purgatorio y paraíso? Dostoievski resuelve esta aparente contradicción así: el paraíso y el purgatorio coexisten, si bien la verdadera esencia del mundo es la armonía. A esta idea llegan tanto Zosima, como su hermano y, en consecuencia, el paraíso

² Sólo en este sentido, como una metáfora del camino terrenal del hombre utilizo en este trabajo la palabra purgatorio, a sabiendas de que, ni la iglesia ortodoxa, ni Dostoievski aceptaron el dogma católico del purgatorio.

podría estar oculto bajo el aspecto del purgatorio. Y no es que en realidad el paraíso «se oculte», sino que, por lo pronto, no hemos reconocido al paraíso en el mundo y, por tanto, el purgatorio aún es necesario. «Todo está bien» (o «todo es bueno») y «la vida es el paraíso» porque el mundo mismo es un paraíso, independientemente de nosotros; pero nuestras ideas permanecen bajo una niebla espesa. Cuando nos demos cuenta de la verdad, entonces nos liberaremos. Este cobrar conciencia es un asunto individual, pero es también una tarea común de la humanidad pues, al tomar conciencia de que todo es bueno y de que él mismo es bueno, el ser humano arroja de sí todo egoísmo y desarrolla en sí la necesidad de sacrificarse en nombre del bien común y, a fuerza de ello, el desarrollo personal del hombre se transforma en el desarrollo general de toda la humanidad.

Dios vive en el paraíso tanto con la gente, como dentro de ella. El hombre ha sido creado por Dios, así que no puede ser que, desde su origen, el hombre en su esencia misma sea portador del mal. El llamado «pecado original» no cambia la esencia del ser humano; sólo confunde, empaña, nubla. De ahí surge el sentido del purgatorio: el mal no es un fenómeno inherente al ser humano, sino algo ajeno a él que cubre de niebla su imagen divina. Y sólo el limpiarse del mal lo regresa a la pureza originaria, a la directa contemplación de Dios y de Su creación en su total perfección.

Sin embargo, ¿hasta qué punto es reflejado aquí por mí el pensamiento de Dostoievski? Pareciera que las afirmaciones del escritor en el sentido de que «todo es bueno» y que «la vida es el paraíso» nos dan derecho a pensar que el bien, desde su punto de vista, se constituye en la verdadera esencia del ser humano y del mundo. ¿Pero cómo reaccionar ante las constantes declaraciones acerca de la dualidad del ser humano? No en vano el protagonista de la novela *El adolescente* habla de «la amplitud» del hombre ruso, capaz de «atesorar en su alma el más elevado ideal, junto con la más grande ruindad» (13, 307), en tanto que Mítia Karamázov nos habla sobre la «amplitud» del ser humano en general, el cual vive oscilando sobre el abismo entre «el ideal de Madona» y el «ideal de Sodoma»: «Aquí lucha el diablo con Dios y el campo de batalla son los corazones de la gente» (14, 100).

A partir de las citas anteriores no se puede afirmar, de forma definitiva, que el mal es inherente al ser humano, pues por lo pronto sólo se habla acerca de su capacidad para

contener en sí tanto el bien, como el mal. Pero vayamos ahora al capítulo de *El diario del escritor sobre Ana Karénina*. Aquí Dostoievski, polemizando con los socialistas, afirma que ni el aniquilamiento de la pobreza, ni la organización del trabajo salvarán a la humanidad de la criminalidad y de la injusticia, pues «el mal se oculta en el hombre de forma más profunda que lo que suponen los médicos «socialistas» y «bajo ninguna organización de la sociedad eludirán el mal», ya que «el alma humana permanecerá igual» y «la anormalidad y el pecado parten de ella misma» (25, 201).

Así, «la anormalidad y el pecado» parten del alma del ser humano. En tal caso tiene razón Iván Karamázov cuando dice que «si el diablo no existe y, por tanto, lo creó el ser humano, entonces lo creó a su imagen y semejanza» (14, 217). Pero no menos razón tiene la respuesta de Aliosha: «En tal caso, lo mismo que a Dios» (14, 217).

Pareciera que no hay nada que discutir: el mal no sólo se esconde en el alma del hombre, sino que forma parte esencial de ella. Lo mismo que el bien. En algunos más, en algunos menos. Y, sin embargo, ¿lo mismo que el bien? Pues, a final de cuentas, la teoría de los personajes rebeldes, como Raskólnikov e Iván Karamázov, acerca de que si no existen Dios y la inmortalidad del alma entonces «todo está permitido», nos lleva a dudar acerca de la presencia del bien en el ser humano, con mayor razón si concordamos con Iván cuando éste afirma que «en la tierra decididamente no hay nada que obligue a la gente a amar a sus semejantes» y que «si desde entonces ha existido el amor en la tierra *no ha sido por una ley natural* (resaltado por mí, Luis Flores), sino sólo porque la gente ha creído en su inmortalidad» (14, 64)³ y en Dios. En este fragmento la cuestión es expuesta de una muy dura manera, pues aquí ya no se habla sobre la todopermisibilidad, cuando no hay Dios, ni inmortalidad. Iván va mucho más lejos y afirma que no hay amor -y, por tanto, tampoco bien- en la misma naturaleza humana, que el amor es antinatural y que éste sólo es posible en la misma medida que el hombre cree en Dios y en la inmortalidad de su alma. El *quid* de todo esto es que no existen ni el amor, ni el bien y que todo está permitido no sólo cuando Dios (el bien absoluto) no existe, sino también cuando simplemente *se agota la fe* en Dios y en la inmortalidad del alma. En otras palabras, la existencia de Dios, del Creador del hombre, está lejos de ser un requisito

³ Las palabras de Iván son reproducidas por Piotr Aleksándrovich Miúsov en la celda del starets Zosima.

previo necesario para considerar que el bien es inherente al hombre, lo cual implica que si mi fe se agota (a pesar de que mi fe, o la ausencia de ella, en sí misma no determina la existencia de Dios), entonces en mí se destruye la causa del bien. Así, mi bondad depende de mi fe en Dios y sin ella en mi esencia no queda nada de esa bondad, de ese bien. Todo está permitido, aunque Dios exista, si he perdido la fe. Tal enfoque es muy peligroso y Dostoievski pasa a menudo, imperceptiblemente para sí mismo, de la posición de la no existencia de Dios a la posición únicamente del debilitamiento o pérdida de la fe como condición para declarar la todopermisibilidad. Yo aquí veo más bien un error lógico de Dostoievski⁴ que una verdadera afirmación.

Dostoievski no podía, por supuesto, considerar que el bien no es parte constitutiva de la naturaleza humana. Y no podía, aunque sea porque fue siempre una persona profundamente creyente. Él creía en la existencia del Dios de la bondad y del amor, creador del hombre «a Su imagen y semejanza». Y Dios no podía depositar en el ser humano aquello que no correspondiera a la naturaleza del propio creador. En otras palabras, el hombre entró a la existencia portando en sí el bien y el amor. Otra cosa sería si consideráramos que Dios no existe en realidad y, entonces, todos los valores son, verdaderamente, relativos y, como a menudo repetía el escritor, la vida es un sinsentido y un vodevil de los mil diablos, pues el futuro cero, como conclusión de la existencia humana, transforma toda moral en un objeto innecesario, en un falso adorno para la vida. Justo de aquí partía y aquí concluía la idea de Dostoievski acerca de la todopermisibilidad, como consecuencia de la inexistencia de Dios. De ahí que el escritor considerara que Dios es necesario. Por otro lado, él concedía que el hombre no creyente pudiera, de manera natural, llegar a una conclusión análoga acerca de la todopermisibilidad, pero con la diferencia de que el no creyente tendría razón en caso de que Dios en verdad no existiera. Pero para Dostoievski Dios existe, al igual que la inmortalidad del alma y, por tanto, el ateo no tiene la sanción de la verdad; al contrario, existe la eterna ley de bondad y de amor⁵ que rechazará y negará las conclusiones del no creyente, a pesar de que a éste le seguirá pareciendo que «todo está permitido».

⁴ Que la teoría de la «todopermisibilidad» pertenece también a Dostoievski se demuestra, en particular, por el hecho de que el mismo Zosima está de acuerdo con el razonamiento de Iván Karamázov (ver 14, 65).

⁵ Y esta ley eterna de amor y bondad actúa no sólo externa, sino también internamente, pues forma parte de la esencia del alma del ser humano.

Así, Dios existe y, por tanto, el hombre por su naturaleza es bueno. Esto, por supuesto, está bien, pero Dostoievski igualmente afirma que el mal emerge del alma del ser humano y aquí, otra vez, nos enfrentamos a la dualidad propia de nuestra naturaleza y, de ser así, entonces ¿qué hacer con el purgatorio? ¿Nos sirve este concepto utilizado por Dostoievski en su juventud al hablar del mundo? Pues la cuestión consiste en que el purgatorio en este mundo es tal porque sirve para la limpieza de la suciedad de aquellos elementos que nos son ajenos. ¿Y qué podemos limpiar si todo aquí es «nuestro» por formar parte de nuestra propia naturaleza?

En la novela *Los demonios*, antes de morir, Stepán Trofímovich nos entrega su testamento: «¡Cada minuto, cada momento de la vida debe ser una dichosa bienaventuranza para el ser humano... debe, irremediamente debe! Es responsabilidad de la propia persona organizarlo de esta manera; ésta es su ley, oculta, pero ciertamente existente...» (10, 506). La vida del *starets* Zosima como que confirma las palabras de Stepán Trofímovich, pero, ¿es posible hacer de nuestra vida una total bienaventuranza si el mal está tan arraigado en nuestra alma? Parece improbable y, a pesar de ello, en esta misma novela, a través de las palabras de Kirílov, Dostoievski da una respuesta positiva y, después, en *Los hermanos Karamázov*, Zosima ha de repetir las mismas ideas: «Para todos los que saben -dice Kirílov-, que todo está bien, todo está bien. Si ellos supieran que están bien, entonces estarían bien; pero en tanto que no sepan que están bien no estarán bien. He aquí toda la idea, ¡toda! ¡No existe ninguna otra!» (10, 189). La cuestión, como notamos, se limita al reconocimiento de la verdad. Para alcanzar el estado de bienaventuranza en la vida es suficiente para el hombre tomar conciencia de que «todo está bien» y por eso él, siendo parte de este todo, también está bien. ¿Y el mal? ¿Cómo tratar a este mal que surge del alma humana y que nos obliga a realizar todo tipo de ruindades? Las personas «no son buenas -continúa Kirílov-, porque no saben que son buenas (...). Es necesario que sepan que son buenas y, entonces, todas en este preciso momento serán buenas, todas en absoluto» (10, 189). ¡Vaya rompecabezas! El mal está en la naturaleza del hombre, pero el mal existe en tanto que el hombre no cobre conciencia de que él es bueno. Aquí tenemos una clara contradicción y, si nos detenemos en este punto, entonces nada queda claro. O bien, a fin de cuentas, podemos desentendernos de Kirílov, dejarlo en paz y considerar que sus expresiones no son otra cosa más que el

delirio de un hombre enfermo que, además, se encuentra en el umbral del suicidio, como, en efecto, sucedió. Después de todo, las palabras de Kirílov no pueden ser tomadas como el convencimiento personal del escritor, con mayor razón que Dostoievski de manera personal escribió acerca del mal inmanente en la naturaleza humana en su *Diario de un escritor*. Por si fuera poco, todos conocen las multicitadas palabras de Dimitri Karamázov acerca del «ideal de Madona» y el «ideal de Sodoma» que viven simultáneamente en nuestra alma, palabras confirmadas muchas veces por el mismo escritor. Sin embargo, Dostoievski nos presenta a un Kirílov en el instante en que parece estar experimentando una especie de revelación divina y de unión con Dios⁶ e incluso Stavroguin, parafraseando la idea de este personaje, le hace notar: «Si usted supiera que cree en Dios, creería en Él; pero, como todavía no sabe que cree en Dios, entonces no cree» (10, 189).

Las palabras de Kirílov acerca de que todos son buenos, según entiendo, son cercanas, después de todo, a Dostoievski. Así lo considero no sólo porque esta idea fue alcanzada por medio de la «revelación» en esos momentos en los que el ser humano está en contacto con otros mundos, otras dimensiones (lo cual es ya, en sí mismo, una confirmación). Tengo, además, otras bases para pensar así:

Zosima en sus enseñanzas nos dice que «todo es perfecto; todo, menos el ser humano, está libre de pecado» (14, 267-268). Zosima, al cual Dostoievski representó casi en un ininterrumpido contacto con otros mundos, es decir, viviendo cada instante como en un éxtasis místico; Zosima, el gran filántropo Zosima, al mirar con fervor reverencial a la creación divina llega a la conclusión que sólo el ser humano es pecador. Además, pronuncia estas palabras amando al hombre no menos que al resto de lo creado por Dios. Y he aquí la cuestión: ¿pudo teniendo estas ideas Zosima pensar que la gente pecadora, a pesar de todo, es buena? El asunto para mí precisamente es que el énfasis principal de su pensamiento sobre el hombre consiste en que éste es un «espíritu celestial con la mente nublada por una idea pecaminosa». Y ya que hablamos de esta niebla en la mente es necesario recalcar que ésta llega como una influencia externa. Y de ser esto así, entonces

⁶ Comúnmente Dostoievski representa al ser humano en tales momentos no simplemente como alguien que ha alcanzado la verdad, el supremo conocimiento de la existencia, sino que, a fuerza de esto, lo muestra impregnado de un amor omniabarcante. En tales casos se puede estar totalmente ciertos de que la “revelación” corresponde a las ideas de Dostoievski. En este caso en concreto, Kirílov también está saturado de este amor y dice: “A todo le rezo. ¿Ve? La araña se arrastra por la pared, la veo y me siento agradecido con ella porque se arrastra” (10, 189).

Zosima reconoce -y con él Dostoievski- que la pecaminosidad no es el estado natural del ser humano y, en consecuencia, su afirmación sobre el hecho de que «la vida es un paraíso» se puede tranquilamente transformar en la fórmula de Kirílov acerca de que «todo está bien» y «todos son buenos», de origen buenos.

Aquí hago una pequeña digresión: la experiencia religiosa es, por lo visto, algo tan personal que la pertenencia general de las personas a una confesión religiosa en particular no significa que acepten espiritualmente estos o aquellos dogmas de fe de la misma manera. En lo que concierne a Dostoievski, los severos ascetas ortodoxos podrían declarar que el escritor no es ortodoxo; más aún, que no es cristiano. Él previó esto y, por ello, en el capítulo sobre el espíritu pernicioso, expuso su ideal cristiano, personificado por el *starets* Zosima, bajo un tupido fuego cruzado de chismes y maldiciones de los propios monjes ascetas, quienes condenaron al difunto por permitirse algunas de las alegrías y dulzuras de la vida, y por el hecho de que su actitud hacia el mundo les parecía pagana. Pues no se puede ser cristiano e inclinarse ante la tierra y ante el sol, y casi-casi deificar a los animales, etc., etc. Justo por esto el enemigo principal de Zosima, el padre Ferapont, se regodea por el hecho de que, al morir, Zosima «apestó». Ferapont entonces expulsa a las fuerzas malignas de la celda del *starets* ya que, según su punto de vista, debido a Zosima, en el monasterio los demonios se multiplicaron y, acto seguido, grita triunfalmente: «Mi Señor venció. ¡Cristo derrotó al sol poniente!» (14, 304).

Para ser honesto, no veo en Zosima nada que contradiga al espíritu del cristianismo, con mayor razón de que su amor hacia toda criatura se basa en la total conciencia de que en todo está el sello de la imagen de Dios.

Otro aspecto de la fe de Dostoievski que puede ser percibido como no cristiano es su comprensión del dogma del pecado original. El asunto es que para el escritor el hecho del pecado original tiene totalmente otro sentido, muy distinto al que le otorga el cristianismo ortodoxo. Por lo visto, Dostoievski entiende este dogma como cierto símbolo de la historia del desarrollo de la humanidad en general y del individuo en particular. En *El sueño de un hombre ridículo* el autor muestra a la humanidad en una etapa anterior al de la expulsión del Edén. En este paraíso la gente es inocente y vive «en masa», como se expresó el escritor todavía en los años 60, en su artículo *El socialismo y el cristianismo*

(20, 191-194). La llegada de la civilización trae consigo el conocimiento del bien y del mal (y, con ello, la respectiva caída y pérdida del paraíso), si bien el escritor da a entender que el paraíso se renovará y será alcanzado de nuevo, pero después de un camino de sufrimiento largo y tormentoso, en el cual el hombre se encuentra y enfrenta con el mal y pasa por un proceso de depuración que nos limpia y libera de él. De paraíso a paraíso la humanidad va a través del purgatorio. Y la diferencia entre el primero y el segundo paraíso radica en el conocimiento y la conciencia adquiridos. Por tal vía pasa cada individuo: en la infancia éste vive en un estado paradisiaco de ingenua sabiduría e inocencia; luego recibe nuevos conocimientos, pierde el paraíso y cae en pecado, pero, a través del sufrimiento se purifica y, al final, de nuevo alcanza el paraíso. El principio y el fin se juntan, pero si al principio el hombre, es decir, el niño, vive en una sabia, si bien ingenua unión con Dios, al final, en cambio, regresa a Dios, hacia la unión con Él, pero ya en una forma más plena y consciente.

De esta manera, la caída por el pecado original está lejos de ser percibida por Dostoievski ya no como la caída en tentación de nuestros primeros padres, culpables de que hayamos perdido el paraíso y nuestra pureza, pues su pecado, por herencia, llegó también a ser el pecado de sus descendientes. No, Dostoievski no está de acuerdo con que el hombre nace trayendo consigo la maldición del pecado original. Iván Karamázov, por ejemplo, dice de los grandes que, «además de que son repugnantes y no merecen amor, tienen una compensación: comieron la manzana y conocieron el bien y el mal y llegaron a ser como dioses; aún hoy continúan comiéndola. Pero los niñitos no comieron nada y, por lo pronto, no son culpables de nada. Y si ellos en la tierra sufren también mucho esto es, por supuesto, por sus padres, son castigados porque sus padres comieron la manzana. Pero este razonamiento es de otro mundo, incomprensible aquí en la tierra para el corazón de los hombres. ¡No puede sufrir el inocente en nombre de otro, menos aún tratándose de tal inocente!» (14, 216-217).

El sufrimiento de los niños por los pecados de los padres es sólo «un razonamiento de otro mundo, incomprensible aquí en la tierra para el corazón de los hombres». No es comprensible tampoco para el corazón de Dostoievski. No es casual que Zosima nos deje el siguiente legado: «Amen, sobre todo, a los niños, pues ellos (...) son inocentes, como

ángeles» (14, 289). Por su parte, Dimitri Karamázov está dispuesto a sufrir por la niñez, pues no es posible que sufra un ser tan dulce e inocente.

Regresemos ahora al lugar en donde dejamos a Zosima hasta antes de mi digresión: él afirma que el ser humano es pecador, pero, al tomar conciencia de que los niños son «inocentes, como ángeles», reconoce, por otro lado, que la gente es, en su origen, buena. Pero he aquí que esto contradice la teoría de Dostoievski acerca del mal que proviene de la misma alma del ser humano, de su naturaleza. Dostoievski refuta a Dostoievski. ¿Quién tiene la razón? Aquel que permanece semioculto. No aquel que habla por sí mismo, sino aquel que habla en nombre de su ideal. No aquel que busca la verdad acerca del hombre por medio de la razón, sino aquel que la descubre intuitivamente, quizás hasta subconscientemente. Y subconscientemente el escritor describe y representa al mal como un fenómeno externo al ser humano.

Tomemos, por ejemplo, al hombre del subsuelo. Él está listo incluso a realizar todo tipo de ruindades con tal de poder declarar su voluntad y no caer bajo el yugo del muro de piedra que cruelmente se burla de él y testifica: «No hay más a dónde ir. No puedes avanzar más allá de esta pared». Él está furioso, pero sufre no sólo a causa del muro, pues no puede soportar el mundo que está estructurado no como hace falta; él no puede soportar tampoco su propia furia y el mal que hay detrás de ella. El anhelo del ideal se apodera de él y entonces sueña sobre un castillo de cristal al cual a nadie se le antojara «sacarle la lengua» (5, 120), pero en tanto que él siga sacándole la lengua a todo sentirá pena por sí mismo, ya que no desea perder su vida en medio de la propia ira que lo consume: después de todo, se quiere también cantar *hosanna*. Hacia esto, por lo menos, quería Dostoievski llevar a su personaje.

Tanto el príncipe Seriozha Sokolski (personaje de la novela *El adolescente*), como Mitia Karamázov vacilan entre los abismos del bien y del mal y «disfrutan» en ambas orillas, pero del lado de Sodoma ellos experimentan una enorme pesadez y les falta el aire, en cambio, del lado de Madona, sienten una alegría infantil y la pesadez se ha ido. El mal causa dolor; el bien, alegría espiritual.

La reacción del ser humano ante el mal, que supuestamente procede de su alma, es enfermiza. En este sentido, el mal es anormal, una enfermedad, pero no más. El mal

no es un fenómeno natural y, por ello, Dostoievski representa al ser humano que lo realiza y lo padece, o bien atormentado por su conciencia, o bien como un poseso. A Raskólnikov lo empuja al asesinato algo externo, como una especie de fuerza maligna, que él toma como señal del destino y va por el mundo como esclavo de su propia idea, poseído por ella. La idea alcanza una significativa independencia y termina por dominarlo. Poseído está también Stavroguin, quien se rodea de una corte de demonios. Stavroguin, el gran cruzado, incluso pierde su propio rostro y en él se ve sólo una máscara, adquirida durante el tiempo de prueba -danza demoniaca del mal- en donde intenta reconocer su nivel de poder y de libertad, de control sobre sí mismo. Poseído también está Iván Karamázov, cuyo subconsciente repele a la fuerza impura y maligna que ha logrado dominarlo y que da origen al diablo que él ve, si bien, en verdad, un diablillo de poca monta, por lo menos ante sus propios ojos.

De tal manera, el mal es la anormalidad y, por el contrario, el bien es el natural y saludable estado del hombre; de ahí que, en Dostoievski, «encontrar al ser humano en el ser humano» (27, 65) signifique encontrar en él, incluso en el poseído, la imagen viva de Dios, es decir, expulsar al «espíritu del mal» y dejar sólo lo que vive en él desde sus orígenes y que corresponde a su esencia. La expulsión del espíritu del mal es posible sólo a través del sufrimiento, de limpiar la casa (purificar el alma) de las tarántulas y escorpiones que construyeron ahí su vivienda.

El mal penetra profundamente en el alma humana, pero no por ello deja de ser ajeno a ella. Es una niebla que traspasa todo trayendo consigo «ideas pecaminosas». El ser humano es libre para elegir entre el bien y el mal, pero la libertad se conserva ahí en donde mi esencia -el bien- no se ha perdido; termina ahí en donde algo ajeno -el mal- conquista el espacio vital que me pertenece sólo a mí. La posesión por el mal transforma al hombre en esclavo.

Los niños son libres. No tienen ellos, por lo pronto, la dualidad de los adultos; ella empieza en la misma medida en que empiezan a hacerse mayores. Se adquiere la dualidad y, con ella, se pierde la inocencia de la infancia. La mente secundaria (menos importante), es decir, la razón, domina al hombre, en tanto que la sabiduría infantil se hace a un lado. Así pierde el ser humano la unión consigo mismo, se divide y, en consecuencia, empieza

el ataque del ejército de los habitantes de la caja de Pandora, a los cuales pueden hacer frente sólo aquellos que han logrado conservar su niñez y, por tanto, su libertad. Precisamente por esto es que el ideal de Dostoievski (el hombre positivamente hermoso) se presenta ante nosotros como un niño grande, portador del rostro de Cristo. Como niño, él no es asceta y sí es, en cambio, alegre por naturaleza; Dios vive en él y llena su alma de dicha y de amor. Pero el ideal por algo es ideal, ya que en la tierra se encuentra no tan seguido y el hombre va por la vida recordando su pasado y sintiendo nostalgia por la inocencia perdida.

El paraíso se ha perdido, mas no sin posible vuelta.

El hombre perdió el paraíso al convertirse en adulto; alcanzarlo será factible no convirtiéndose en viejo, sino transformándose de nuevo en niño. Y esto será posible sólo si se limpia del mal, de esas «ideas pecaminosas» que lo dividieron.

El mundo es un paraíso para aquellos que encontraron a Dios dentro de sí y dentro del mundo y, como niños, lo aceptaron y recibieron; pero para la conciencia dividida existe el purgatorio aquí en la tierra, gracias al cual, alguna vez, otra vez el hombre recuperará la inocencia y, después, el paraíso.

Todo es perfecto, menos el ser humano. Al romper la ley de la bondad (el bien) y destruir con ello la unidad, nuestra vida atraviesa bajo el signo de la búsqueda del ideal perdido. La ruptura de la ley obliga a que exista el purgatorio, el cual permite la reconstrucción de esta ley. El purgatorio existe no como castigo, sino como un acto de amor para que el hombre, que perdió a Dios, se reencuentre con Él.

El mundo es un purgatorio, el único camino que lleva al paraíso. El purgatorio es un camino humano y para aquellos que han pecado es inevitable.